

**BERMEJO, Benito, *Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen.* Barcelona, RBA, 2002, 255 pp.**

Una cámara Leica es el personaje principal de esta historia colectiva protagonizada por Francisco Boix. Una Leica que sirvió para que el fotógrafo de Mauthausen relatar los horrores de la vida cotidiana en el complejo sistema concentracionario nacionalsocialista. Una cámara que, en manos de Boix o de otros presos o incluso entre los dedos de las SS, retrató las pruebas condenatorias usadas en la caza al nazi de la segunda posguerra mundial. Gracias a esos negativos conservados clandestinamente, salvados de la quema de pruebas, dispersos en los lugares más recónditos, hoy podemos saber no mucho, pero sí bastante, de la vida en los KL. Incluida la vida en Mauthausen. Incluida la de los 10.000 *Rotspanier*, españoles rojos distinguidos por su triángulo azul de emigrantes, con una visible S en el centro. Los españoles del Holocausto.

No es lo mismo comentar un catálogo fotográfico que hacer de la fotografía una fuente histórica. Tampoco es igual hacer del texto junto a la foto un comentario superfluo en vez de un detallado análisis resultado de largas horas de investigación. En definitiva, no es lo mismo una crónica que una historia gráfica. Y esto segundo es lo que Benito Bermejo propone en este cuidado volumen, especialmente interesante pues resulta abarcar tres dimensiones diferentes pero indisolubles: la historia general del sistema concentracionario nazi —si bien esta es la perspectiva menos explotada—, la historia del KL Mauthausen, y la historia de los españoles internados. Todo ello, a través de la narración personal, siguiendo en un complejo entramado de pistas personales e interpersonales la vida de Francisco Boix, el catalán de las Juventudes Socialistas Unificadas que, por sus conocimientos

periodísticos y fotográficos, fue destinado al servicio de identificación del campo. Allí, Boix viviría (como preso *Prominenter*) unas condiciones de vida si bien duras, diferentes a las de los presos políticos, raciales o asociales. Su «prominencia», es decir, su posibilidad de trabajar para la administración SS del campo le daría la posibilidad primero de sobrevivir. Y segundo, de aportar las pruebas necesarias para testificar de manera simbólica, pero también real —el autor rescata las impresionantes declaraciones de Boix ante el tribunal de Nuremberg— cómo los asesinatos, las torturas, el trabajo, fueron en manos del NSDAP elementos de terror cotidiano, de muerte programada.

Con un aporte documental y gráfico notable —sólo podemos criticar, en el primer caso, la a nuestro juicio equivocada elección de no incluir notas a pie de página; respecto a lo segundo, sería absurdo describir el impacto que las fotografías produce—, el relato de Bermejo nos acerca a la vida de Boix y a su relación con la fotografía convirtiéndolo en eje narrador de una biografía de grupo, la de los ex combatientes republicanos en retirada, su paso por los campos de internamiento franceses y, como en el caso de nuestro protagonista, su inclusión en las Compañías de Trabajadores Extranjeros que caerían en manos alemanas en 1940. El *Stalag* serviría de antesala al internamiento en los *Konzentrationslager*, donde los españoles perderían su condición de prisioneros de guerra, en posible relación con las entrevistas Serrano-Himmler-Heydrich de septiembre de 1940. Sin embargo, este último punto sigue quedando en la zona de sombras que jalona la relación hispano-alemana durante los trágicos años de la posguerra española y la II Guerra Mundial.

Fuese por tanto decisión deliberada o resultado de otras variables, los españoles en los campos nazis supondrían un grupo poblacional no demasiado numeroso, pero sí cualitativamente importante como para ser tenidos en cuenta a la hora de la planificación del mundo concentracionario. Boix entró en ese círculo, en tantos casos sin retorno, en enero de 1941. Mauthausen era el destino, el que marcaría la vida y la muerte de miles de prisioneros. En el campo, en el trabajo, en la cámara de gas.

A. J. Kaminsky (*Konzentrationslager 1896 bis heute. Eine Analyse*. Stuttgart, Kohlhammer, 1982), uno de los autores más significativos en la historia general del campo de concentración, indicó en su día que si algo caracterizó tal fenómeno fue la inquietante y constante presencia del trabajo forzoso como alimento para la insaciable maquinaria a la vez violenta y de guerra que la Alemania nazi supuso. Y en este caso, la *Wienergraben*, la cantera aneja al campo, supuso la cristalización de ambas perspectivas. La represiva (como medio de muerte directa así como de reeducación en el trabajo, cosa que no fue exclusiva de los campos nazis y que jalonó la historia concentracionaria española) y la económica, tanto a pequeña (la misma construcción del campo, interior y exterior) como a gran escala. La necesidad bélica no podía sin embargo ser la única razón para construir tal aparato represivo (siguiendo a W. Sofsky, *Die Ordnung des Terrors. Das Konzentrationslager*. Frankfurt-Main, S. Fischer Verlag GmbH, 1993), sino que debía apoyarse en una serie de paradigmas racionales que justificasen toda la industria de muerte en que se convirtió el Estado SS. Tales paradigmas eran los de la construcción de un Nuevo Orden, un Reich infinito, un Hombre superior. Y la consecución de tales preceptos debía por fuerza pasar por una enorme maquinaria de aprovechamiento hasta el límite de todas

las posibilidades de todos los integrantes del Estado, incluidos los prisioneros y presos de los campos de concentración. De tal modo, a finales de agosto de 1941 (según su propia declaración) Boix se incorporaría al *Kommando Erkennungsdienst*. Lo que tal vez salvó la vida de Boix fue, por tanto, la lógica misma del irregular y no tan homogéneo como a primera vista parece sistema concentracionario nazi. Formar parte de los servicios del campo, en particular en el de Identificación, sirvió a Boix como medio para ser testigo super-viviente a los desmanes de Mauthausen.

De tal modo y salpicado de historias personales que devuelven a la narración su justa medida entre historia general e historias particulares, el libro de Bermejo analiza tanto el servicio fotográfico como la actitud de Boix en el mismo. Y en particular, en un capítulo de una intensidad narrativa inusual en los libros de Historia, explica cómo algunas fotografías fueron salvadas desde que, tras la derrota en Stalingrado, el régimen nacionalsocialista sintiese la acuciante necesidad de borrar las pruebas de lo que había sucedido en los campos de concentración. Fuese Boix u otro el protagonista directo de la peligrosa actividad contra los SS del campo, lo cierto es que las fotografías, elemento base del que parte en este libro la investigación histórica, resultaron lo suficientemente explícitas, lo suficientemente demostrativas, como para generar a su alrededor una increíble intriga de *dimes y diretes*. Pero más allá de eso, el repertorio fotográfico salvado del campo —y el que se añadió en 1945, referido a la liberación de mayo y a lo que los americanos hallaron en el campo— sirvió de modo palmario para demostrar la verdadera naturaleza del sistema concentracionario nazi. En particular, nos han llamado sobremanera la atención las fotografías realizadas a ciertos prisioneros señalados como «tipológicos». Y nos ha sorprendido, precisamente, por su

similitud a las que antes, en 1938, la franquista Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros había realizado. También fotografías de prisioneros extranjeros. También anotadas como “tipos de prisionero”. También fundadas en una concepción de supremacía racial y biologicista que, como ha señalado Ricard Vinyes, revelaba una creación global, una cosmovisión, del disidente y de la pertenencia a la Nación. En Alemania era pertenencia al Reich. Durante la Guerra Civil Española lo había sido la pertenencia a la «raza hispana», contrapartida de la Anti-España en el imaginario común colectivo franquista.

Más adelante y, de nuevo, en un intenso capítulo, las declaraciones de Boix ante el tribunal de Nuremberg —y más tarde en Dachau—, jalonadas de las fotografías presentadas como pruebas por la acusación, suponen un testimonio incomparable de los límites del ser humano y sus crueldades. Sin embargo, como decíamos, la historia de Boix no se paró en 1945. Al igual que Marcuse en su *Legacies of Dachau (The uses and abuses of a concentration camp, 1933-2001)*, Cambridge University Press, 2001), donde el sujeto de la narración es el recinto concentracionario, Bermejo lleva a fin la historia de la que parte y de la que se sirve para analizar las tres dimensiones (nacional, particular y grupal), es decir, la de Boix, y nos acerca a un fotógrafo instalado en París, con su eterna sonrisa y trabajando en los más diversos lugares y condiciones. Tal vez hubiera hecho falta, para comprender mejor a este fotógrafo que ha dejado escrito su nombre en la historia contemporánea, analizar según las fuentes disponibles el impacto en su vida posterior a la estancia en Mauthausen. Sin embargo, fuese o no consecuencia de su estancia en el campo, lo cierto es que Boix moriría enfermo en 1951. Su legado es el de haber ofrecido las más palpables muestras de la

que fue la más asesina de las dictaduras contemporáneas.

**Javier Rodrigo Sánchez**